

XIV CERTAMEN DE RELATO CORTO
JAN EVANSON
"LA MENTIRA"



Organiza:
ESCUELA OFICIAL DE IDIOMAS DE
PLASENCIA

Marzo 2023



EOI
PLASENCIA

XIV CERTAMEN DE RELATO CORTO JAN EVANSON

“La mentira”

Relatos ganadores

Primer premio

“Hágase según tu voluntad”

Eva M^a Sánchez Parra

Alumna de B1.1. de *That's English!*

EOI Cáceres

Segundo premio

“La imposible despedida de la Señora Weisz”

Guadalupe Marta Javier Palmero

Alumna de C1.1. de inglés

EOI Villanueva-Don Benito

Tercer premio

“Las siete certezas”

Ana Isabel Sánchez Ramírez

Alumna de C1.2. de inglés

EOI Plasencia

Hágase según tu voluntad

Escrito por *Eva M^a Sánchez Parra*

—Para finalizar la vista, por favor, que suba al estrado la acusada.

Tras las palabras del Juez, la sala repleta de público se sumió en un denso silencio, roto únicamente por el sonido de los pasos de la procesada.

—Diga su nombre en voz alta al Jurado popular.

—Mi nombre es Mentira.

—En base al Principio de Jurisdicción Universal, según el artículo 7 del Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, se le acusa de delito grave contra la Humanidad por su ataque generalizado y sistemático a toda la población mundial, provocando incalculables crímenes del calibre del exterminio, la esclavitud, la tortura, el apartheid o el genocidio.

Tras modificación de las penas del artículo 607 del citado Estatuto de Roma, dadas las exorbitadas dimensiones de las consecuencias sin precedentes, el reo de delito de lesa humanidad será castigado por primera vez con pena de muerte, desapareciendo así de la faz de la tierra y por toda la eternidad de la vida del hombre. ¿Es usted consciente tanto de la acusación como de la condena?

—Lo soy.

—De acuerdo— concluyó el Juez, asombrado por la inexpresividad de su respuesta. —Señor Fiscal, proceda con su última intervención.

—Con la venia, Señoría.

La expectación en la sala crecía durante los segundos que invirtió el Fiscal en pasearse callado ante la acusada. Se paró frente a ella y la miró fijamente a los ojos. Era consciente de que toda la Humanidad había depositado en él la última oportunidad de encararse con la Mentira y que pagara por el sufrimiento y las desgracias que había traído al mundo. Era el momento de acabar con ella para siempre.

—¿Conoce usted a Winston Churchill?

—Sí, lo conozco.

—Claro que lo conoce. Lo conoce bien, porque este Primer Ministro británico, testigo directo de la II Guerra Mundial, sentenció públicamente que “La primera víctima de la guerra es la verdad”, ya que la Mentira, es decir, usted, la aniquila. Usted ha sido la causa de numerosas muertes, no solo durante la II Guerra Mundial, sino durante tantas y tantas guerras. Déjeme

que traiga a la sala una de las más recientes: ¿Recuerda a Nayirah al Sabah, la niña kuwaití de quince años?

El gesto impertérrito de Mentira allí sentada le alejaba de cualquier emoción humana.

—Aquella niña denunció ante el Congreso de Estados Unidos la barbarie que cometían los invasores iraquíes en su país. Relató cómo sacaban a los bebés prematuros de las incubadoras y los dejaban morir en el suelo. Semejante atrocidad desgarró la sensibilidad de una ciudadanía que, finalmente, terminó apoyando la decisión de su país de sacar por la fuerza las tropas de Saddam Hussein, aumentando la sangría durante aquella contienda. Nadie, nadie sospechó que tras las palabras de Nayirah estaba usted, Mentira, un discurso inventado por una agencia de relaciones públicas de Estados Unidos que consiguió que el país votara a favor de participar en la guerra.

El revuelo en la sala no se hizo esperar.

—Silencio, por favor— intervino el juez, golpeando su mazo contra el mallette.

—¿Y qué me dice de Andrew Wakefield? ¿Le suena?

Mentira seguía con su rictus imperturbable, inmóvil sobre la silla.

—El bueno de Andrew Wakefield. Permítame que refresque los datos al Jurado: Andrew Wakefield, cirujano e investigador, dedicó su tiempo y su vida al estudio de las vacunas y a combatir con ellas enfermedades mortales. Todo un ejemplo a seguir. La sorpresa sobrevino cuando descubrió que la administración de la vacuna triple vírica estaba vinculada con el origen del autismo y otras enfermedades intestinales. Para difundir lo antes posible la noticia, publicó su estudio en la prestigiosa revista científica *The Lancet*. ¿Quién se iba a imaginar que nada de aquella investigación era cierto? Mentira había vuelto a aparecer, en esta ocasión con un maletín de billetes colgado de su mano. Consecuencia de todo aquello fue la propagación por el mundo de enfermedades como el sarampión, además de la reaparición de otras que ya habían sido controladas en el planeta.

—¡Asesina! ¡Que la maten ya! ¡Déjanos vivir tranquilos! —gritaban en la sala.

—Orden, por favor, orden— volvió a requerir el juez.

—Usted es Mentira. Dígame, ¿he mentado en los hechos que acabo de exponer?

Todos los ojos miraban hacia un único ser.

—No.

Nuevamente el juez llamó al orden.

—Por favor, Fiscal, concluya.

El Fiscal se aproximó a la bancada del jurado popular para dirigirse a ellos:

—¿Lo han escuchado bien? La misma acusada acaba de declararse autora de delitos contra la Humanidad tales como la muerte o la propagación de enfermedades. ¿Hay algo más grave

que esto? Todos sabemos que no. Pero por si alguien pensara que la Mentira no le ha salpicado porque no ha matado a ninguno de sus seres queridos o que por su culpa ningún familiar o amigo ha enfermado, no se engañe: su veneno discurre por toda la Humanidad para acabar con su gran enemiga: la realidad. ¡Miremos a nuestro alrededor! Convive con nosotros. Cuando la traición te abraza es porque el traidor camina contigo.

Se generó entre el público un pequeño revuelo que se diluyó con la prosecución del Fiscal:

—La Mentira entra en nuestras casas por las televisiones, las radios o internet, ocultándonos la realidad, mostrándonos como verdad un mundo irreal, inventado, que no existe...

La Mentira se presenta en nuestras vidas como una gran amiga que nos hará de escudo ante los problemas si nos escondemos detrás de ella. Pero en realidad nos está convirtiendo en personas cobardes, débiles, inmaduras, llenas de complejos, incapaces de hacerle frente a la realidad. Perdón, ¿me había referido antes a Mentira como una gran amiga? A estas alturas, el Jurado comprenderá que irónicamente quise decir una falsa amiga.

He aquí el daño de Mentira en nuestro mundo: muerte, enfermedades, avaricia, traición, cobardía, debilidad, inmadurez... Díganme, señores del Jurado, ¿la quieren un minuto más entre nosotros?

—¡Ha llegado tu hora! ¡Malnacida! ¡Hasta nunca! — el estruendo de vítores y gritos en la sala era ensordecedor.

—¡Por favor, por favor, orden en la sala! — vociferó con esfuerzo el juez. —Una advertencia más y me veré obligado a desalojarlos.

Las voces fueron apagándose en un leve murmullo entre los bancos, mientras el Fiscal regresaba orgulloso al suyo, sabiendo que su estocada final había dejado a la acusada sentenciada.

—Señor Abogado, su turno. ¿Está listo para su conclusión?

—Sí, su Señoría— respondió puesto ya en pie. —Con la venia.

El público expectante siguió con la mirada al abogado, que terminó parándose en el centro de la sala. Durante unos segundos se mantuvo en silencio y observó a todos a su alrededor.

—¿Hay alguien en la sala que no sea buena persona? Por favor, si hay alguna mala persona que levante la mano. — El abogado rebuscaba entre los presentes.

—¿Usted?... ¿Quizás usted?... ¿O usted?... ¿No? ¿No hay ninguna mala persona? Vaya... Es una suerte. Quizás con la siguiente pregunta más personas levanten su mano: ¿hay alguien en la sala que jamás haya mentido?

Un nuevo murmullo inundó la sala acompañada de miradas recelosas entre unos y otros.

—¿Nadie? ¿Seguro? —aguijoneaba el abogado. Al ver que nadie se pronunciaba, prosiguió:

—Si hoy la pena que se impusiera a mi defendida fuera la lapidación y cada uno de ustedes portara una piedra en sus manos, la Mentira marcharía viva y sin ningún rasguño porque, como dijo aquel judío revolucionario que proclamaba que la verdad nos hace libres, “Quien esté libre de culpa que tire la primera piedra”.

Mi cliente vaga por el mundo con la mala fama a cuestas, sí. Pero todos los hombres han recurrido a ella en algún momento de sus vidas. ¿Les convierte eso en malas personas? Según ustedes mismos, no, puesto que nadie se ha declarado mala persona hace un momento.

Muchos agacharon sus cabezas.

—¿Acaso creen que se están mintiendo? ¿Dudan si son buenos a pesar de haber mentido? Claro que sí, lo son. Estense tranquilos, sus conciencias pueden sentirse en paz. Y es que una Mentira puede haberse creado desde la bondad. Déjenme que se lo demuestre: el señor Fiscal ha acusado a mi cliente de crímenes de guerra, propagación de enfermedades y corrupción de la Humanidad. Pero ¿qué me dicen de las vidas que ha salvado la Mentira durante las guerras? ¿Recuerdan aquel cadáver de un oficial británico que se encontró tirado en las playas de Huelva durante la II Guerra Mundial y que portaba información confidencial sobre el desembarco de los aliados en Grecia? Esos papeles llegaron a manos de Hitler, quien urdió una nueva estrategia y recolocó sus tropas. Sin embargo, todo aquello fue Mentira. Gracias a ella se pudieron evitar numerosas muertes que jamás aparecerán registradas en ningún libro. Por cierto, ¿saben ustedes quién dio luz verde a este plan? ¡El mismísimo Winston Churchill! ¿Quién lo iba a decir, verdad, señor Fiscal?

El arqueado de cejas de los presentes reflejaba el asombro tras escuchar al Abogado.

— Igualmente, sostenía usted hace unos minutos que mi cliente ha propagado por el mundo enfermedades— volvía a la carga paseándose ante el Jurado. —¿Por qué ha omitido que también ha salvado a millones de hombres de caer fulminados por ellas? ¿No me dirá que trataba de mentirnos?

—¡Protesto, Señoría! —saltó con enojo el Fiscal.

—Lo retiro, su Señoría. Quizás solo ha sido producto de mi mente. ¡Fíjese, igual que el suceso que recogió en sus estudios el anestesista Henry Knowles Beecher, de los tantos que presencié duramente en el campo de batalla durante la II Guerra Mundial! En concreto me refiero al que tuvo lugar en el sur de Italia: al ejército estadounidense se le estaba agotando su suministro de morfina. Por ello, durante una operación, una de las enfermeras tuvo la idea de inyectar en su lugar agua con sal a uno de los heridos. Gracias a esta Mentira, la intervención se consiguió llevar a cabo con éxito y sin dolor para el soldado. A partir de entonces, Beecher acudió en bastantes ocasiones a la Mentira para evitar grandes dolores a los militares durante la guerra. ¡Qué curioso, tal y como se sigue actuando hoy en día en medicina para mejorar la

vida de los pacientes! Y díganme, ¿acaso no presta mi cliente su ayuda en momentos así a la Humanidad?

La procesada seguía pétrea sobre su escaño.

—Señores del Jurado, ahí tienen a mi cliente, alguien a quien la Humanidad ha recurrido con la esperanza de evitar muertes, quien ha apoyado al hombre para convencerle de seguir adelante en los momentos más duros, cuando creía que el final estaba cerca.

Cierto, la Mentira convive con nosotros, le abrimos la puerta de nuestros hogares, a veces en forma de cine, de literatura... Y regala a los pequeños la fantasía de los Reyes Magos o del ratoncito Pérez que los ilusiona al irse a la cama con el propósito de ser muy buenos al día siguiente; nos embelesa con esas historias inventadas en los libros, cuyos protagonistas ficticios nos invitan a luchar por unos valores de una sociedad mejor; nos trasporta a paisajes de ensueño, con los que intentamos transformar nuestro planeta real.

Señoría, miembros del Jurado, mi cliente no es inocente ni culpable de nada. En realidad, es el mismo ser humano quien la utiliza en su propio beneficio o perjuicio. Somos cada uno de nosotros quienes, siglo tras siglo, actuamos con bondad o con maldad, usándola sobre nuestros semejantes. La Mentira es como un cuchillo en nuestras manos, un objeto que por sí solo no daña a nadie, pero que, dependiendo de quien lo porte, conseguirá destruir o salvar vidas.

El Abogado regresó al lado de su cliente y, antes de sentarse, sentenció haciendo resonar sus últimas palabras en la sala:

—El delito, pues, sus Señorías, no se halla ni en el cuchillo ni en la Mentira, sino en la voluntad del hombre.

Durante unos segundos el público, el Jurado y hasta el mismísimo Juez se habían sumido en una reflexión silenciosa. Tras un leve carraspeo, el Juez prosiguió:

—Gracias, Letrado. ¿Quiere el acusado hacer uso de su alegato propio?

¿Acaso la Mentira tendría unas palabras que quisiera dirigir a los hombres? ¿Querría echarles en cara las calumnias que había cargado eternamente por culpa de ellos? ¿Los dejaría a la luz como auténticos responsables de todas aquellas acusaciones?

Con el gesto frío que había mantenido durante todo el proceso, solo se le oyó decir:

—Una vez más, su Señoría, actuaré conforme a la voluntad del hombre.

El Juez bajó la mirada unos instantes. Acto seguido, con tono serio, pronunció:

—Miembros del Jurado, por favor, pueden anunciar su veredicto.

La imposible despedida de la Señora Weisz

Escrito por *Guadalupe Marta Javier Palmero*

La noche es fresca y desapacible, un viento fresco, proveniente del mar, arrastra densos nubarrones tierra adentro. Aun así, la gente ha salido a la calle con sus disfraces a celebrar el día de Halloween. Desde la ventana, Bess puede ver el denso tráfico que circula por el bulevar, llevando a la gente a fiestas, como cada treinta y uno de octubre. Se gira hacia la pared donde, hace ya tiempo, instaló un pequeño altar tras su muerte. La vela ilumina con luz vacilante la estancia y la foto del hombre que fue capaz de escapar de todo, menos de su propia muerte. Ya han pasado diez años desde que un día como aquel, Harry la dejara.

Lo que más le duele no es que Harry no se haya manifestado. En el fondo ambos sabían que aquello no era posible. Después de años destapando a mentirosos que se aprovechan del dolor y la credulidad de la gente, para engañarla con burdos trucos y así poder desplumarla, no esperaba encontrar a ninguna persona capaz de contactar con su marido muerto. Lo que más le duele a Bess es que Harry murió sin poder despedirse de su madre.

Nunca había visto a ningún hombre adorar a su madre de aquella manera. La idolatraba y el hecho de que hubiese muerto cuando él estaba del otro lado del océano, le rompió el corazón. No pudo estar presente en su agonía y nunca se lo perdonó. Durante mucho tiempo lo intentó. Intentó creer de veras que podía contactar con su madre muerta. Pero como buen ilusionista que era, apenas tardaba unos minutos en desenmascarar a los presuntos médiums. A punto de darse por vencido, conoció a Doyle. El genial escritor y su marido congeniaron inmediatamente y se hicieron íntimos amigos, aunque a Bess el escritor siempre le había parecido un hombre demasiado vehemente. La forma en que se obstinaba en creer que lo que hacía Harry era verdadera magia y no trucos de ilusionismo, a pesar de que su marido se lo había reiterado más de una vez, la ponía nerviosa. Pero sobre todo desconfiaba de su esposa.

Jean Elizabeth Leckie, con poco más de veinte años, un rostro angelical y una personalidad hipnótica, había encandilado al anciano escritor y había exacerbado aun más sus creencias en el más allá y en la magia. La señora Doyle era una médium muy estimada dentro del movimiento espiritualista. Por ello y a pesar de que Harry no estaba muy convencido, aquel excéntrico genio y su mujer lo animaban constantemente a intentarlo de nuevo. Y a pesar de que se temía el resultado, Harry finalmente aceptó.

Bess dirige su mirada al altar. La imagen de su marido con aquellos ojos claros de mirada penetrante y aquella sonrisa socarrona le produce un estremecimiento. A pesar del tiempo que ha pasado, sigue echándole terriblemente de menos. Acaricia la foto con las yemas de sus dedos preguntándose si aquel hombre llegó a amarla tanto como a su madre. A pesar de que sabe que su marido la amó sinceramente, siempre se sintió desplazada en presencia de aquella mujer protectora y autoritaria.

Recuerda con claridad la expresión en los ojos de su marido la noche en la que perdió toda esperanza de hablar una última vez con su madre.

Jean Elizabeth Leckie era una joven menuda, de rostro agraciado, ojos grandes y claros y pelo castaño. Doyle la adoraba y creía todo lo que aquella joven decía. A pesar de que Harry se imaginaba el desenlace, quería a su gran amigo el gran Arthur Conan Doyle y confiaba en que la joven, por respeto a la amistad que los unía, no trataría de engañarle. Por eso aceptó reunirse con él en Atlantic City.

Cuando llegaron ya estaba todo preparado. Las pesadas cortinas echadas y las lámparas de gas encendidas al mínimo, daban a la suite del Ambassador un ambiente oscuro y tétrico. Aun así, Harry no se dejó impresionar. La bella esposa de Doyle se acercó y les saludó con el rostro adusto y la mirada un poco ausente, como si ya estuviese muy lejos de allí. El viejo Doyle, sin embargo, fue más efusivo y abrazó a su amigo mientras les invitaba a sentarse a una mesa redonda, que habían dispuesto en el centro de la estancia, vacía salvo por una libreta y un lapicero.

Tras un par de minutos de charla intrascendente, colocaron las manos sobre la mesa. Antes de que el ritual empezase Bess intercambió una rápida mirada con su marido. Acostumbrada como estaba en los espectáculos, a leer los gestos de Harry cuando había algún imprevisto, no le costó interpretar una mezcla de esperanza y hastío. Después de varios intentos similares, solo habían acudido a aquella sesión por el cariño que tenían al viejo escritor.

Cuando volvió la mirada hacia la médium, esta estaba con la cabeza baja, murmurando algo. Bess aguzó el oído y pudo distinguir una salmodia que se repetía una y otra vez.

—Cecelia... escucha los ruegos de tu hijo. Háblanos, por favor, te los suplicamos. Tu hijo quiere saber si estás bien. Si estás aquí, haznos una señal. —empezó Leckie sin que aparentemente pasase nada.

—¡Cecelia! Por favor. ¡Manifíestate! —gritó sobresaltando a Bess a pesar de saber, al igual que su marido, que aquello era teatro más que otra cosa.

En ese momento las lámparas de gas vacilaron y se extinguieron unos segundos. Cuando volvieron a brillar, con la misma mortecina intensidad, iluminaron la cara de la joven médium. El gesto de la mujer estaba contorsionado en una mueca de dolor. Leckie apartó las manos y arañó el tapete de la mesa mientras bajaba la vista. Cuando la levantó de nuevo, tenía los ojos en blanco. A Bess le recorrió un escalofrío y por una vez le hizo dudar. Quizás esta vez iba en serio... Miró a su marido que observaba a la mujer con concentración y el gesto imperturbable.

Leckie soltó un gruñido ahogado y sus manos agarrotadas se desplazaron poco a poco hacia el block con desesperante lentitud... pero una vez que asieron el lápiz y el papel comenzaron a escribir a una velocidad casi sobrenatural. Con los ojos aun el blanco, la joven llenaba hoja tras hoja del block y las arrancaba. Cada rasguído hacía que Bess se estremeciese.

Podía imaginarse lo que su marido estaba pensando. La relación que tenía con su madre siempre había sido muy especial. Apenas había dado giras por el extranjero para estar cerca de ella, y la muerte, tan repentina, cuando él estaba de gira por Europa, le pilló desprevenido y no pudo estar a su lado en su agonía y Bess sabía que nunca se lo perdonaría. La esperanza de poder hablar con ella se hacía ahora aun más real. Harry solo había aceptado una última vez, porque esperaba que no lo mintiesen. Y al ver escribir de aquella manera a la esposa de Doyle ambos se preguntaron si esta vez sería cierto.

La sesión se prolongó durante veinte minutos en los que Harry tuvo que contenerse para no recoger las hojas esparcidas por la mesa y leerlas, pero sabía que no debía interrumpir el fino hilo que conectaba a la médium con el espíritu que la había poseído.

Finalmente, Leckie soltó un angustioso quejido y se desplomó sobre la mesa. Inmediatamente Doyle aumentó la intensidad de las lámparas y ayudó a su esposa mientras Houdini recogía las cuartillas. Inmediatamente, Bess se percató de que a su marido le había cambiado la cara, el gesto de disgusto era patente para ella. Rápidamente lo disimuló y recogiendo las cuartillas, las introdujo en un maletín aduciendo que quería estudiarlas en la intimidad y le dio las gracias al matrimonio que se despidió de ellos con un gesto de satisfacción. En cuanto cerró la puerta su marido le dio una patada a una de las sillas y gritó.

—¡Viejo chocho!

Por toda explicación le alargó las cuartillas a Bess. El texto estaba escrito en un perfecto inglés, idioma del que la señora Weisz apenas conocía unas pocas palabras y estaba trufado de expresiones devotas, pero totalmente equivocadas. Su madre era muy devota, sí, pero de religión judía. Jamás hubiese mencionado a Jesucristo, ni a la Virgen María. Rechinando los dientes, hizo trizas los papeles salvo la última cuartilla. Aquella traición, por venir de un amigo especialmente querido, le resultó extremadamente dolorosa. Bess observó la cara de su marido y supo que algo se le había roto por dentro. Que el hombre que consideraba su amigo hubiese jugado de aquella manera con sus sentimientos, era de una crueldad intolerable. Y no lo dejaría pasar.

Bess abre los ojos. La vela está casi consumida, pero el pábilo aun arde levemente. Saca una pequeña tira de papel. Desde aquel día la obsesión de su marido fue utilizar sus habilidades de ilusionista para destapar a todos aquellos timadores y no tuvo piedad, ni siquiera con su antiguo amigo. En un artículo que publicaron todos los periódicos días después, puso en evidencia al matrimonio. Aquello acabó con la amistad entre dos genios.

Y aun a las puertas de la muerte, quiso continuar con su cruzada; escribió un mensaje en aquella última cuartilla, que había conservado todo aquel tiempo como muestra de la traición de un amigo, con manos ya temblorosas. Con aquellas palabras exactas su espíritu se presentaría a cualquier médium, para que así su esposa pudiese reconocer que era suyo. Bess, acudía puntualmente todos los años a aquel pequeño altar, esperando lo imposible y recibía por el aniversario de la muerte del gran Houdini, cientos de cartas de embusteros y timadores que afirmaban haber contactado con el escapista, diciendo haber descubierto el famoso código y todos ellos quedaban en evidencia.

La obsesión de aquellos embaucadores llegó a tal punto, que incluso intentaron colarse en su casa para robarle el misterioso mensaje. Pero todo fue en vano, Bess siempre llevaba aquel mensaje cerca de su corazón.

Diez años han pasado, Diez años son suficientes para esperar por cualquier hombre. Houdini, el gran escapista, no pudo escapar de la muerte. Bess mira la foto de su marido, recordando sus besos y caricias, tan hábiles como sus trucos de ilusionismo y acerca la cuartilla a la mortecina llama de la vela, leyendo el código de su marido mientras se convierte en cenizas. Es un mensaje, un mensaje dirigido al que otrora fue su mejor amigo:

Cuando la traición te abraza es porque el traidor camina contigo.

Las siete certezas

Escrito por *Analógica*

Ende debía su nombre a la tozudez de su difunta madre, investigadora de arte, que se había empeñado en bautizarla como la primera pintora hispánica conocida, y para cuya desgracia no había heredado ninguna destreza en la rama artística. Ende había dedicado su vida a la supervivencia, fruto del destino, de sus decisiones impulsivas desde su más tierna juventud o simplemente al sistema feroz en el que le había tocado (sobre)vivir.

Sentía sobre su persona el peso de media vida, con la sensación de que recientemente se habían revelado ciertas certezas que antes ni imaginaba posibles. Siempre risueña y feliz, al menos en apariencia, había nadado por las diferentes etapas de su vida hasta llegar a lo que la sociedad del siglo XXI llama “madurez”. Fue bastante complicado cumplir años con tantas responsabilidades como había ido adquiriendo. Que todo su entorno la tratara como a “una niña” hasta bien pasados los treinta no ayudaba. En ciertas ocasiones se paraba a admirar su vida y todo parecía un juego o un sueño, a veces agradable, muy agradable, otras, no tanto.

Cupido había hecho de las suyas y entre la construcción social heteropatriarcal en la que había crecido y el aguijón de la soledad, había sucumbido a varias relaciones, ninguna a la altura de su vitalidad, libertad, inocencia y honestidad. Ahora, ya adulta, había llegado a la determinación de que no existía pareja en la que ella pudiera desarrollarse como persona y ser amada románticamente.

“Ende, querida, tienes que venirte unos días aquí conmigo. Te vendrá bien desconectar de todo y, además, te lo mereces. ¡Vaya año sin parar que has llevado!”- le había aconsejado Elena. Elena, que desde hace unos años vivía en la otra punta del mundo, siempre había sido como una hermana para Ende, una hermana a la que cuidar y proteger, para la que se está en lo bueno y en lo malo; y viceversa. Habían pasado gran parte de su juventud juntas, dos incomprendidas en el mar de la vida y, aunque habían crecido casi sin verse, extrañamente, seguían en sintonía, desarrollando una serie de complejas habilidades para la deconstrucción de todos los estamentos que les habían rodeado en su vida, tanto sociales como emocionales.

Ende empezó el viaje con la serenidad de haber alcanzado este grado de sabiduría propio de su edad y comenzó a escribir en su “cuaderno de vida”, al que dedicaba sin rutina establecida, algunas de sus memorias, de sus dudas, de sus sentimientos y de sus sensaciones más íntimas.

Le encantaba escribir sobre todo lo que le pasaba, le parecía fascinante el comportamiento humano. Dicen que las personas pierden la capacidad de sorpresa según crecen, pero Ende la tenía intacta. Su mayor miedo, la pérdida de memoria. La había vivido con su madre y había sido algo terrible que decidió que a ella no le iba a pasar si tenía la posibilidad de conservar sus recuerdos en sus “cuadernos de vida”. Y no es que hubiera sido una vida fascinante la suya, de esas de las que se hacen películas ni se escriben epopeyas. Había sido una vida de una persona incomprendida y frustrada, que crece con unos valores impuestos que no se corresponden con la realidad.

“Certeza nº 1: El tiempo no se recupera.”- había comenzado a escribir su lista de certezas en el avión. Si echaba la vista atrás, aunque fuera de soslayo, no estaba conforme con muchas de sus decisiones, sobre todo porque tenía la sensación de haberse perdido una cantidad ingente de vivencias, de experiencias que no podía compartir como la gente “normal”. Se había sentido una bicha rara toda su vida, lo que había cambiado ahora era su actitud frente a ello, ahora le gustaba ser diferente, pero echaba de menos “La cultura popular”, como ella se refería a esas cosas sin vivir.

“Certeza nº 2: La cultura del esfuerzo es una gran mentira.” – Un punto de inflexión en el trabajo le habían obligado a tomarse un año sabático que comenzaba en la época estival. Siempre optimista, había justificado lo injustificable y se había convencido de que iba a ser estupendo recuperarse de tanto esfuerzo dedicado durante los últimos años.

“Certeza nº 3: Las personas cambian constantemente.” – Por mucho que reneguemos de los cambios por lo incómodo o lo desconocido o las mil razones por las que no nos suelen gustar, Ende tenía la certeza de que no era la misma persona que hace años, ni siquiera que hace unos meses. Los cambios a ella, de hecho, siempre le habían devuelto algo de esperanza e ilusión. Le gustaba la emoción y el reto que suponía enfrentarse a ellos.

“Certeza nº 4: Lo sencillo no tiene por qué ser simple” – A esto había llegado con casi todo a lo que se había enfrentado. Experta en soluciones, amante de la sencillez y de la vida sencilla al mismo tiempo, conseguía simplificar los peores dramas. Nunca había sido simple. Laura, su psicóloga la había colmado de herramientas, herramientas que en ocasiones no fueron suficientes.

“Certeza nº 5: Cuando la traición te abraza es porque el traidor camina contigo.” – Y esta afirmación la obligó a parar de escribir. Había abierto una caja como la de Pandora. En el recóndito rincón de su alma donde había guardado los trances más difíciles de su vida se

había producido un seísmo. Para Ende, el peor de sus sentimientos siempre había sido la decepción. La conocía bien. Era esa congoja que sintió cuando alguien la traicionó, la subyugó con la privación de la verdad, la ninguneó, la rompió por dentro y la transformó.

Removida, decidió dejar de escribir y dedicarse a meditar y leer. Estaba dispuesta a repensar y tramitar lo más nefasto que había vivido. Las vacaciones, al fin y al cabo, son multiusos.

Al desembarcar en ese nuevo mundo, y llevando a Elena como guía, conoció otras culturas: otros miedos, otras religiones, otros deseos, otras tragedias... Muchas risas, música y gente nueva, muy diversa, extremadamente interesante. A dos días de poner fin a su estancia en casa de Elena decidió quedarse algunas semanas más. No quería arrepentirse más de las cosas que no había hecho. Se entregó al aprovechamiento del tiempo.

Cuando consiguió salir de la vorágine de decenas de aventuras, había pasado un trimestre. Ende, quedando en deuda eterna con Elena, volvió a la calma de su hogar, al recogimiento entrenado, a la introspección que había desarrollado durante los años. Después de varios días de tranquilidad volvió a escribir en su cuaderno:

“Certeza nº 6: Leer y viajar son dos llaves poderosas.” – Sin lugar a dudas la lectura es una de las grandes puertas al conocimiento. Ende no había dejado de leer desde que tenía recuerdos de saber hacerlo. Viajar, en cambio, siempre había estado algo más limitado, tanto por tiempo como por dinero o por obligaciones que ella misma se había impuesto. Lo que había comprobado con sorprendente claridad es que viajar te abre la mente como ninguna otra acción.

Quería escribir todas las recientes aventuras en su cuaderno, pero quiso terminar antes su lista de certezas.

“Certeza nº 7: TODO es mentira” – Se había dado cuenta que sabía bien poco de todo o que no sabía casi de nada, a pesar de la variada educación recibida, de sus numerosos viajes, de sus millones de lecturas. A pesar de lo que había pensado que sabía, fue consciente de su ignorancia. Lo que pensaba siempre se había regido por las influencias marcadas de su cultura, de su educación, a pesar de todo el trabajo de deconstrucción feminista que había realizado en los últimos años, seguía teniendo pensamientos que no correspondían con lo que la rodeaba. Y si miraba sus sentimientos, podría decirse que no se sentía desgraciada, todo lo contrario, se sentía una mujer tremendamente afortunada y sentía una tremenda gratitud por haber llegado a esta gran revelación.

Una mentira, según la Real Academia Española, es, entre otras acepciones, una expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente. Con esta premisa podría afirmar que casi todo, si no todo, en su vida había sido mentira.

Respiró profundamente, se sentía tan sosegada y liberada que no recordaba cuando fue la última vez que se sintió así... quizá en su niñez. La pesada media vida que llevaba a cuestas en su mochila cargada de piedras se había desprendido de su espalda.

Repasó las siete certezas a las que había llegado, se sentía orgullosa. Pensó que el número siete tiene una gran carga simbólica en la religión: siete fueron los días necesarios para que Dios creara el mundo, siete los arcángeles, siete los pecados capitales...

Aquella noche, antes de dormir, recordó el final de La Creación de Galeano:

“[...] y Dios, soñando creaba y cantando decía: Rompo este huevo y nace la mujer y nace el hombre. Y juntos vivirán y morirán. Pero nacerán nuevamente. Nacerán y volverán a morir y otra vez nacerán. Y nunca dejarán de nacer, porque la muerte es mentira.”

Nunca más sintió que no aprovechaba el tiempo. Nunca más volvió al esforzado trabajo. Nunca más se sintió sola ni siquiera en soledad. Nunca más se complicó con cosas que podían ser sencillas. Nunca más se sintió traicionada ni decepcionada porque no esperó de nadie nada... Nunca más se despertó.

Fin